

BASCOS Y MONTANESES¹

SR. D. ALFONSO ORTIZ DE LA TORRE.

Mi querido amigo: Si es verdad que el alma del hombre, naturalmente cristiana, como decía Tertuliano, tiene siempre un triste, pero muy verdadero, muy profundo y muy alto placer en llorar con el que sufre, en asociarse al dolor ajeno, imagínese usted con qué fuerza repercutirían en mi corazón los gemidos inconsolables y los ayes de infinita angustia que lanzaban las víctimas de la espantosa catástrofe de Santander en los infaustos días de principio de Noviembre, teniendo como tengo motivos especiales para mirar á la Montaña como á una prolongación de mi *pequeña patria*. Sangre hermana de la mía circula por las venas de gentes nacidas en la capital montañesa, donde he pasado los años quizá más trascendentales de la vida, aquellos en que insensiblemente y sin dejar de ser niño, va uno entrando en la adolescencia y mirando con más seriedad las cosas que le rodean: allí tengo amigos sinceros y bondadosos; y allí tengo también dos de mis más grandes amores literarios: D. Marcelino Menendez y Pelayo y D. José María de Pereda: el invicto adalid de la ciencia patria, en quien no se sabe qué admirar más: si la profundidad extraordinaria de sus conocimientos, su asombrosa multiplicidad ó el arte maravilloso con que los expone: y el soberano pintor de costumbres populares que desciende en línea recta de Cervantes, y sin influencias extrañas,

(1) Ahora que se ha cumplido el aniversario de la dolorosa catástrofe que produjo en Santander la explosión del vapor «Cabo Machichaco», nos parece de oportunidad la publicación de esta carta en nuestras páginas.

ni sujeción á los efimeros cánones de la moda parisien, ha sabido levantar la novela española al más alto grado de gloria y de esplendor.

Siempre creí que andaba por casa cuando, abandonando las estepas centrales de España, y dejando atrás el balcón de Reinosa por donde la vieja y honrada Castilla quiere mirar al Cantábrico, ví, con ojos desmesuradamente abiertos por la fascinadora belleza del espectáculo, las hoces de Bárcena, ocultas allí en el fondo, pero hermosas con cierta hermosura primitiva, agreste y patriarcal; y recorrí las amenas y deleitosas orillas del Besaya, que evocaron en mi mente el recuerdo de las del guipuzcoano Urola y atravesé la fresca miés de Camargo pasando no lejos de sus ricos criaderos de mineral de hierro, ya renombrados desde los tiempos de Plinio; y busqué la apacible soledad y el silencio elocuentísimo de la Fuente del Francés, donde yo no sé si los enfermos de ciertos padecimientos físicos hallarán curación para sus dolencias; pero si los amadores de la Madre Naturaleza satisfacción para sus anhelos nobilísimos y regalado alimento para su espíritu; y consideré en la antigua fundición de La Cavada lo que va de ayer á hoy, y la severa y melancólica, pero muy real y muy profunda poesía que las ruinas extienden en torno suyo; y en las márgenes del Miera como en las bravas costas de la Virgen del Mar, contemplé trozos de tierra, de mar y de cielo que se parecían muchísimo á los que yo estaba acostumbrado á ver desde que nací. Y al divisar á un lado bosques de castaños, de robles y de robustas hayas y mirar ondear los maizales en el reducido llano, figurábaseme que esos rumores sin nombre que percibe el alma en medio del silencio de los campos, eran voces de la naturaleza, que me decían: «allí y aquí todos sois hermanos».

Y cuando tendido á la sombra amiga de un viejo roble, me ponía a recorrer con los ojos de mi alma las páginas del gran libro de los tiempos, encontraba una confirmación solemne de esa fraternidad de que me hablaba la naturaleza. Y veía en el extremo occidental de la montaña, y casi en la frontera misma de las Asturias de Oviedo, la antigua villa marítima de San Vicente de la Barquera, gozando del fuero municipal de San Sebastián que le fué concedido por Alfonso VIII; y en el otro extremo, ó sea en el límite de Bizcaya, observaba que la villa de Castro-Urdiales disfrutaba del fuero de Logroño que fué casi el fuero general de los pueblos de la Rioja y provincias bascongadas. Y evocando nuestros recuerdos históricos más gloriosos, unidos apare-

cían en ellos bascos y montañeses, formando parte de la escuadra que Ramón Bonifaz llevó á la conquista de Sevilla; internándose con heroico esfuerzo en los mares árticos en persecución de la ballena; luchando juntos con las fuerzas navales de Inglaterra; firmando tratados de paz con sus Reyes; pactando á 4 de Mayo de 1296 solemne *Hermandad* entre los Consejos de Santander, Laredo, Castro Urdiales, Vitoria, Bermeo, Guetaria, San Sebastián y Fuenterrabía; acudiendo al sitio de Algeciras en los días de Alfonso XI; y alcanzando en la Rochela contra la armada inglesa mandada por el ilustre conde de Pembroke una victoria decisiva y completa, de la cual fueron testimonio doce galeras apresadas con su general, más sesenta caballeros de espuelas doradas.

Y advertía yo que cuando en el siglo XV surge la lucha civil dentro de los mismos muros de Santander, y la villa, que no quería entregarse al marqués de Santillana D. Diego Hurtado de Mendoza, vió francas sus puertas y aposentados en el castillo á los parciales del ambicioso prócer, merced á la traición de Fernando Fernandez de Alvarado, Juan Gutierrez de Alvear y Gonzalo de Solorzano, no por eso desmayó, sino que llamando en su auxilio a cuantos pudieran oponerse á los invasores, trabó con estos ruda pelea que diariamente se renovaba y hacia correr arroyos de sangre junto á las atarazanas de Becedo. Pero un día, memorable para Santander, asomó por la bahía la flota bizcaina guiada por Juan Alfonso de Múgica y Butrón, señor de Aramayona, con quien venían Gonzalo de Salazar, hijo del cronista Lope García y Juan de Agüero con sus parientes y allegados. El combate que entonces se libró fué decisivo y terrible: se peleaba cuerpo á cuerpo, junto á los mismos muros de la puebla vieja; y aún dura en el nombre de la calle de Somorrostro el recuerdo del lugar por donde penetraron triunfantes los solariegos acaudillados por el de Salazar, apartando de Santander la intentada tiranía feudal de los de Santillana.

Y aún después de transponer los umbrales que separan á la Edad Media de la Edad Moderna, me asombraban en el siglo XVII las proezas del gran almirante D. Antonio de Oquendo, cuya gigantesca figura se levantaba en hombros de marinos bascos y marinos montañeses que formaban su invencible escuadra. Y recordaba que entre los papeles que había examinado en la Real Academia de la Historia, había cierto *Nobiliario* de Lizaso que habla de la familia de Oquendo y de los patronatos que tenia, entre los cuales incluye el del Convento de Re-

ligiosas franciscanas de Santander. Y no me olvidaba de que en el propio Nobiliario lei que doña María de Oquendo, hermana del gran almirante D. Antonio, vistió el velo de las Virgenes del Señor, siendo fundadora del Convento de Religiosas descalzas de Santa Cruz en la capital montañesa.

Y trasladándose á horizontes muy distintos, é internándome por una de esas plácidas aldeas de la Montaña que han servido á Pereda de escenario para sus admirables cuadros, escuchaba voces frescas y argentinas que, al són de la pandereta, cantaban con acento de verdad:

Si vas á la Bizcaya,
Bizcaino mío,
No me traigas espejo
Que en tí me miro.

Quizá no faltará algún espíritu.... no quiero decir ruin, que para anular estos recuerdos de fraternidad, invoque las antiguas rivalidades de cántabros y autrigones. Pero solo á los fines de esclarecimiento de la historia patria debe estar reservada la evocación de aquellas rivalidades, que no pueden salir á la luz del día desde que el sol de la verdad evangélica alumbró las cimas casi inaccesibles de nuestras montañas y las angosturas casi cerradas de nuestros valles, é hizo resplanecer, con destellos que no son de este mundo, la divina belleza de la Caridad.

Esta santa virtud, es la que ha venido á agregar un nuevo eslabón á esa áurea cadena de fraternidad, con la conducta por todo extremo loable y cristiana que han observado San Sebastián y Bilbao con motivo del inmenso é inenarrable duelo que la explosión del vapor *Cabo Machichaco* tendió sobre Santander en la tarde tristemente eterna del 3 de Noviembre de 1893.

Ya lo dijo usted en un interesante artículo que publicó á raíz de la desoladora catástrofe y a su vuelta de la enlutada capital montañesa, Bilbao y San Sebastián se han conducido cual cumple á pueblos hermanos de Santander.

¿Y qué espectáculo puede haber más hermoso, más recomendable y más civilizador que el de pueblos hermanos que, levantándose sobre las nubes pasajeras de la discordia quieren amarse y ayudarse mutuamente, y compartir las alegrías y los pesares, como los compartieron en los días más gloriosos de su historia?

Decía Schopenhauer que la humanidad y sus intereses están sobre

todo, y permanecen sobre las razas y los pueblos como el iris sobre las aguas de una cascada: las aguas pasan y el iris es el mismo. ¿No le parece á usted que, apropiándonos el símil, podemos afirmar nosotros que, no importa que rujan las aguas de la envidia y pretendan introducir la discordia entre pueblos hermanos, porque mientras ellas pasan y van á perderse en la inmensidad de los mares del tiempo, siempre ha de permanecer el mismo el iris de la caridad?

En vano ciertas doctrinas utilitarias y económicas, que no vienen á ser más que una forma hipócrita y velada de epicureismo, querrán encastillar al hombre en el culto de su propia personalidad, y reducirle al amor de sí mismo. Si hay algo que ennoblezca y magnifique al hombre, y le haga digno de ostentar la diadema de rey de la creación, es ese instinto de piedad universal sobrenaturalizado por el Cristianismo, esa especie de lágrima secreta que, brotando del corazón, desea derramarse sobre todas las miserias que afligen á la humanidad para borrarlas ó aliviarlas cuando ménos. La alegría tiende suavemente al egoísmo; pero el dolor, patrimonio del hombre, que, según la impeccedera afirmación de Job, vive poco tiempo y está repleto de muchas miserias, nos hace pensar en nuestra poquedad y en la necesidad que tenemos de cumplir aquel gran mandamiento de amor que trajo Cristo al mundo. Y hasta ese mismo nombre de simpatía, tan hermoso, tan significativo y tan profundamente social, no trae su origen de la participación en las alegrías ajenas, sino de la participación en el dolor.

Y nunca el hombre se levantara á más alto grado de perfección que, cuando desasiéndose de las ligaduras del egoísmo, sienta como propios los males de sus semejantes, y vea cumplirse en sí aquella gallarda concepción armónica que tan admirablemente expresaba fray Luis de León en uno de los libros más artísticos, más serenos y más educadores que se hayan escrito jamás en castellano. «Consiste, pues, la perfección de las cosas—dice el inmortal autor de los *Nombres de Cristo*— en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean: y para que extendiéndose y como desplegándose delante de los ojos la varie-

dad y diversidad, venza y reine, y ponga su silla la unidad sobre todo....»

Después de tan altas y tan hermosas palabras palabras ¿qué le toca á uno más que meditarlas en silencio, grabarlas de una manera imborrable en lo más recóndito del corazón, y exclamar con Manzoni:

*Tutti fatti a sembianza d' un Solo,
Figli tutti d' un solo Riscatto,
In qual ora, in qual parte del suolo,
Trascorriamo quest' aura vital,
Siam fratelli....?*

No quiero alargar más esta cita, ni la presente carta.

Suyo de todo corazón amigo y servidor afcmo. q. b. s. m.,

CARMELO DE ECHEGARAY.

San Sebastián y Diciembre de 1893.

